D. MARIANO ZUAZNABAR

LA estela que de su paso por la vida dejó grabado con más endebles trazos, ha sido el de su bondadoso carácter, fiel reflejo de un corazón inflamado en los más nobles y afectuosos sentimientos.

Era un hombre bueno. Altos y bajos, jóvenes y ancianos, potentados y mendicantes, para todos tenía un gesto de sonrisa, una frase cariñosa, una amable salutación.

En los diferentes cargos que como ingeniero desempeñó con sin igual acierto, competencia y discreción; en su larga carrera administrativa coronada con una jubilación, obligada recompensa a sus merecimientos, reconociéronse unánimemente las altas dotes de sagacidad, de experiencia, de serena ecuanimidad, resaltando, sin embargo, su ingénita bondad estereotipada en la frase que se desprendía de todos los labios: ¡qué bueno es D. Mariano!

Hombre estudioso y de erudición nada vulgar, sin desentrañar toda la labor intelectual por él realizada, podríamos recordar sus memorables Conferencias, desarrolladas con motivo de las Fiestas de la Tradición Vasca, que organizó la Excma. Diputación de Guipúzcoa.

Las ferrerías, piedra angular y génesis del movimiento industrial en el país vasco, tuvieron en el competentísimo ingeniero un expositor Iclaro, conciso, razonador y elocuente. Sonaron palmas, escucháronse aclamaciones; pero entre palmas y aclamaciones, en cariñoso rumoreo el oído atento podía recoger esta frase : ¡qué bueno es este Sr. Zuaznabar!

Lástima grande que hoy tengamos que variar el tiempo de conjugación. Que no podamos ya decir ¡qué bueno es!, sino que la pluma temblorosa tenga que trazar un dolorido ¡qué bueno era!

TORIBIO ALZAGA